

DONDE AÚLLAN LAS COLINAS

FRANCISCO NARLA

DONDE AÚLLAN
LAS COLINAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: mayo de 2024

© Francisco Narla, 2016, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6446-0

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B 7668-2024

Impreso en España

*Gracias, gracias a todos los que
han encontrado entre sus recuerdos
un escondrijo para mis cuentos. Gracias.*

*Para ella, mi linda niña, que me vio caminar
al borde del abismo y no se alejó.*

En el norte, al abrigo de las piedras, entre las raíces de los bosques, colgadas en los montes, para aquel que quiera escucharlas, se custodian mil leyendas que hablan de lobos.

Ésta es una de ellas...

HAMBRE y CODICIA



Se lo contó el viento.

Hedía a desgracia.

Venía trotando por la cresta de la montaña, bajo las sombras cuarteadas de los pinos, entre tojos y pizarra, a través del monte. De regreso tras su última batida, con el pellejo de una liebre preso en las fauces. Caía la tarde y él volvía a la lobera. Fue entonces cuando aquella pestilencia lo abofeteó.

Una amenaza trepaba por las colinas. Una que traía a rastras el regusto del cuero viejo y el tufo a lana sobada.

Y el lobo la reconoció.

Se detuvo. Y quedó aupado a un peñasco por el que reptaban líquenes, asomando al borde del risco mientras un racimo de gravilla caía por la pendiente sembrada de zarzas. Era un macho viejo, pesado, de huellas profundas, con los cuartos cargados por cacerías de venados. Con los años pintados en la pelambre y el grueso pescuezo rastrillado por las victorias que lo habían hecho señor de la manada.

Miraba en derredor. Husmeando aquel peligro que presentía en el laberinto de arroyos del valle.

Y lo reconoció.

Quiso asegurarse. La liebre cayó aplastando trenzas de helechos. Se pasó la lengua por el hocico para aventar de nuevo aquel soplo que gateaba desde las tierras ba-

jas. Y un gruñido le sacudió los belfos. La fetidez era inconfundible.

El viento cardaba las ramas de los fresnos, remetía los brezos. Y también portaba un mensaje. El viento le susurró al lobo que el cerco se estrechaba; que los cazadores se acercaban.

El hombre había llegado.

Y se echó monte abajo.

Y corrió hacia la lobera. Casi tan rápido como el oca-so que encharcaba el horizonte, porque aquel rastro sólo podía significar una cosa: muerte.

* * *

—La codicia es siempre la furcia con más clientes del bur-del...

El sol huía hacia poniente y, en aquel claro del bosque, las sombras se estiraban, deshilachándose mansamente de los mantos que vestían los legionarios.

Eran hombres de rostros cincelados, con las trazas de haber sido engendrados en forjas. Encurtidos en sangre derramada. Asomando bajo los correajes, llevaban apiñadas cicatrices que mentaban guerras libradas en los confines del mundo. El tinte de rubia en sus capotes era apenas un pálido recuerdo encarnado. Disciplinados, habían formado al borde de la arboleda. Y sus monturas, inquietas, cabeceaban más allá, sacudiéndose de los flancos el sudor del largo viaje.

—¡Ésa es la clave! La codicia —insistió el general rebañándose el pelo de la coronilla hacia la frente—. Así cerraremos sus bocas —afirmó mientras apoyaba el pie en el tocón renegrido de un roble hendido por el rayo—. Colmaremos sus bucheros rollizos. Con lirones rellenos, lenguas de pato, sesos de faisán y tetas de gorrina...

Conscientes del peligro, los pretorianos vigilaban. Listos para desenfundar y batirse. Aquéllas eran tierras sin conquistar, tan al oeste que más allá no había otra cosa que los abismos del océano. Y allí vivían bárbaros que aún no se habían echado a los pies de Roma; salvajes que atacarían de conocer el premio que estaba ahora a su alcance.

Sin embargo, no eran sus armas las que delataban su condición. Ni las ánimas que parecían rondarlos. Y tampoco sus actitudes recias, sino su silencio. Pues el secreto que escuchaban estaba a salvo en sus labios. Habían jurado lealtad más allá de la muerte.

–Los cebaremos. –El desprecio barnizaba cada palabra del general–. Los cubriremos de vicio. Porque se han vuelto gordos y decrépitos. ¡Y codiciosos! –recalcó, rechinándole los dientes, sin dejar de darle vueltas entre los dedos a la muestra que acababan de entregarle–. El poder los ha hecho débiles y corruptos...

El comandante hablaba; uno de ellos escuchaba; el resto, dispuestos en una muralla sembrada de hierros en vainados, protegían a su señor.

Años atrás el fragor de una tormenta hirió el bosque abriendo aquel claro con el fuego de sus centellas, y en el centro, sobre los despojos de carbón que dejaban los rayos, el amo de Roma parlamentaba con uno de sus veteranos. Uno con el ceño quebrado, un centurión revenido por veinte años bajo el estandarte del águila; uno que nunca se atrevería a cuestionar aquel desdén.

Uno al que nada le iba en la cizaña que sembraba su patrón. Alguien que sabía cuál era su deber. Escuchar, sin más. Aunque al hacerlo se convirtiera en partícipe de una conspiración. Una conjura para la que el menor de los castigos sería terminar despeñado a los pies de la roca Tarpeya.

–... Y debemos dar gracias a la Fortuna de que así sea –continuó el glorioso vencedor de la última guerra civil–. Porque eso significa que sus voluntades se venden, ¡y yo necesito comprarlas! ¡Roma lo necesita! –bramó convencido–. Porque, si las compro, olvidarán sus miedos. –El gran general calló un instante y paseó sus ojos pardos por aquel paisaje aserrado que todo lo envolvía–. El recuerdo de Sila les encoge las tripas. Basta mentar al viejo zorro y se les anuda el gaznate. ¡Se cagan patas abajo! –Ése era el problema y él, conocedor de los tejemanejes de la vil política, lo sabía; por decadentes que fuesen los senadores que aún no habían sido asesinados, nunca se desprenderían del temor a una nueva dictadura–. Lamen mi mano como perros lastimeros, pero, a mis espaldas, mascullan sus recelos...

El viento acunaba el silencio preocupado del veterano. Componía melodías con el tintineo de las lorigas; y se llevaba lejos aquel rastro del metal bruñido.

–... Así que necesito migajas –continuó–, restos que esparcir para que esos viciosos se entretengan picoteando. Y, cuando se aparten de mi camino, alzaré un imperio. –La voz del general se elevaba con sus cejas y el rubor se extendía por sus mejillas–. Uno que haría palidecer al mismísimo Alejandro... ¿Lo entiendes? Cerraré las puertas del templo de Jano. Llevaré la paz desde la Lusitania hasta las mismas fronteras de la Dacia... Haré que mi legado sea imborrable.

Y el antiguo centurión asintió sin alzar la vista, admirando de reojo la disciplina de los centinelas, que no se escandalizaban con las peligrosas palabras que la brisa vapuleaba. Ya no le cabía duda: su comandante lo arrastraba hacia las ciénagas que enfangarían la República.

–Así que dime, Lucio Trebellio Máximo, ¿lo habéis conseguido? –preguntó el que también había vencido en

Alesia—. Eh, ¿lo habéis encontrado? ¿Tenéis para mí la voluntad del Senado?

—Aún no —confesó el centurión con parquedad, abrumado por la verdad que intuía.

La mano libre, la derecha, la misma que sometía Roma, se alzó hasta el mentón rotundo para pellizcar aquellos labios afilados y el veterano se encontró con una mirada entornada de ira; y supo que podía acabar en la cruz.

Ahora vestía como un licenciado cualquiera, como uno más de los que habían recibido el jubileo en Gades; ésa había sido la orden. Pero hasta entonces él había regido la vida de la Décima. Durante años había portado el sarmiento que concedía el mando de la primera cohorte de la legión. Incluso le había salvado la vida a aquel hombre en las orillas del Betis. Sin embargo, con un sólo gesto del general, los guardias les brindarían a las parcas los hilos de su destino.

Aún no había logrado cumplir su encomienda. Aunque esperaba hacerlo pronto, en cuanto hubiese matado a las dos últimas bestias.

—Mi señor, falta poco —se apresuró a intervenir el veterano para aplacar los ánimos—. Pero estas gentes —aclaró abriendo los brazos hacia los bosques más allá de los escoltas— no se dejan convencer fácilmente. Son correosos...

Y la cicatriz que recorría la corva del cónsul daba buen testimonio de aquella verdad. No era la primera vez que pisaba aquellos montes plagados de espinas donde el mismo Plutón parecía cobijar a aquellas indómitas tribus de los galaicos.

El dueño de Roma separó la mano de su barbilla, espantó la amargura rancia de la memoria con un gesto vago y volteó los dedos en el aire para animar al veterano a seguir. En la zurda seguía sobando la muestra que el centurión le había entregado al llegar.

–Fuimos discretos, tal y como ordenaste. –Ahora, tras haber escuchado a su general, el legionario comprendía el sigilo exigido–. Pero estas gentes recuerdan bien la sangre que se vertió en tiempos de Sertorio, y muchos han oído leyendas sobre el Africano. Dudaban entre creernos traidores, hombres de Pompeyo o simples licenciados que no querían regresar. –La suspicacia de los lugareños había sido su principal problema, aunque Lucio no quería enredarse con nimiedades–. Aun así, cumplimos con lo que pediste, no hubo violencia. –Ahora entendía por qué lo habían enviado a él con un puñado de hombres en vez de a una legión lista para la aniquilación: no debían escucharse en Roma noticias de aquella tarea–. Nos costó tiempo, pero finalmente descubrimos un modo de ganarnos su confianza...

El ocre de la mirada del general brilló de impaciencia. Pero no interrumpió el discurso.

Y Lucio Trebellio hizo correr sus palabras como un chicuelo ansioso por complacer a un padre severo.

–El último invierno ha sido el más crudo en años. A nosotros mismos nos costó caro cruzar los pasos –concedió sin entrar en detalles–. El hielo y la nieve lo cubrieron todo durante meses. –Los dedos del caudillo volvieron a rodar–. Los lobos bajaron pronto de las cumbres, azuzados por el hambre y el frío... Tuvimos suerte. Vagabundeábamos, buscábamos la sierra de la que hablaste y nos topamos con una aldea llena de desesperados. Habían perdido casi todas sus cabezas de ganado.

La impaciencia brincaba en el ceño del patrón y el centurión supo que debía apresurarse aún más.

–Cuando les pedimos refugio, los pobres desgraciados estaban considerando marchar al sur –continuó el veterano, avergonzado por el repeluzno que sentía ante la mirada de su patrón–, no tenían otra cosa que ofrecernos

que pan de bellotas rancio. Y a Cainos se le ocurrió una añagaza –aclaró el centurión, intrigante, con cierta confianza al poder ofrecer algo más que especulaciones–. Nos hicimos pasar por alimañeros, y llegamos a un acuerdo –tascó al fin, yendo directo al grano.

»Nos dirían dónde buscar a cambio de abatir a las bestias –reveló, echando la barbilla hacia la mano en la que su patrono volteaba la prueba de lo que decía–. No les gustó, pero Cainos supo convencerlos. Y ya casi lo hemos conseguido.

Odió tener que admitirlo ante la media sonrisa que se abría paso en aquellos labios afilados, pero no podía callarlo.

–Sin embargo, mi comandante... Hay un problema –añadió tragando antes de exponer el dilema al que sus hombres se estaban enfrentando–, la última pareja...

No pudo acabar de explicarse: un revuelo de susurros y hojas agitadas los alertó.

Alguien venía.

* * *

No estaba.

Aún podía percibirse su olor cálido. Y el dejo dulce de la leche que maduraba en ella como una promesa.

Era el último de sus escondrijos. Empujados por los cazadores, habían ido adentrándose más y más en la espesura de las arboledas. Alejándose del hombre. Y, en lo más profundo del bosque, allí donde los zarzales se volvían casi impenetrables, entre pinos espigados que codiciaban un rayo de luz, bajo un alero de granito que sobresalía amenazando con caerse, habían encontrado la cárcava que un arroyo escarbara con las avenidas del deshielo. Habían estado buscando el cubil abandonado de algún tejón. Pero

les bastó terminar con el trabajo que el riachuelo empezara para hacerse con una madriguera inaccesible. A salvo.

Allí habrían de llegar los cachorros. Y por eso había huido ella. Al sentir a los tramperos cernirse sobre la loba. Había escapado. Alejándolos del lugar elegido. Él lo sabía.

No estaba.

Pero en los revoltijos del viento se acomodaba su rastro. Y el lobo sólo se tomó el tiempo de gruñir antes de seguir corriendo ladera abajo. Tras ella.

* * *

El general y su veterano se giraron hacia el ruido.

Los pretorianos daban el alto a un tipo enjuto, con los aires de un cesto de mimbres consumido por alguna hambruna de niñez. Tenía la catadura viscosa de una anguila y, con dedos sucios, señalaba hacia el centurión. Sus gestos nervudos urgían.

Uno de los centinelas, con la palma apoyada en el pomo de su espada, escuchó palabras que en el centro del claro sonaron como un bisbiseo apresurado.

El escolta alzó su propia mano para pedir silencio al intruso, miró hacia su general y, tras la inclinación de cabeza, le granjeó el paso al recién llegado. Y aquel montón de huesos escasamente cubiertos de carnes magras se acercó; arrastraba los pies, de seguro impresionado por la presencia de aquel hombre que apoyaba el talón en el tocón chamuscado por la tormenta.

—¡La loba ha caído en el foso! —anunció aquel huesudo con alharaca, saltándose los protocolos debidos.

Aunque no dejó traslucir su sorpresa, Lucio sabía lo que eso significaba. Algo había salido rematadamente mal y deseó que el general no lo hubiese llamado a capítulo.

Empezaba a arrepentirse de no haber formado parte de la batida.

El patricio miró al veterano y guardó silencio.

Y, como nadie le dijo que se callara, era tal su excitación que, pese al recelo evidente que le provocaba el amo de Roma, el recién llegado se atrevió a seguir hablando:

–Cainos calla como lavandera que hubiera visto mochuelos –aseguró mirando a Lucio Trebellio con avaricia mal disimulada–, pero estoy convencido de que el macho caerá durante la noche –concluyó metiéndose un meñique terroso en la oreja y hurgando con la satisfacción del deber cumplido.

El viejo centurión asintió y, antes de que le diese tiempo a explicarse, su patrón ya había comprendido.

–Eso vendrá a significar que habréis cumplido –aventuró el general con una sonrisa sardónica que parecía borrar la inquietud que había mostrado hasta el momento–, ¿no es así?

–Sí, mi señor –le aseguró el veterano apagando como pudo las dudas que le hervían en la garganta–, con eso habremos cumplido. Son las dos últimas bestias. Una vez entreguemos las pieles, el jefe de la aldea pagará...

El escuálido intruso observaba los logros de su cata minera bajo la uña roñosa y asentía con fervor codicioso.

–Pues veámoslo –dijo el comandante, encantado por las buenas noticias–, ha de tratarse de un animal magnífico para que estos salvajes aceptasen el trato.

Y bastó una orden seca del gran general para que los escoltas se apresurasen a ponerse en marcha.

Abandonaron todos aquel claro que la tempestad abriera. Y marcharon envueltos en presagios, cada cual dudando sobre el porvenir que le aguardaba.

El amo de Roma y el roñoso sonreían. Los guardias, impertérritos, simplemente seguían a su pailón.

Y Lucio cavilaba. Muy a su pesar, rumiaba sus miedos. Temía que aquel lobo, enorme y taimado, no estuviese tan dispuesto a cooperar como el esquelético Segios había predicho. Embutidos en su engaño, trabajando como alimañeros, habían ido abatiendo a todas y cada una de las manadas.

Pero aquella bestia era distinta. Muy distinta.

Hasta entonces ninguna de las trampas de Cainos había funcionado.

SANGRE y HONOR



Había fallado. Cainos lo sabía.

Y aquel par de ojos tallados en ámbar se lo recordaban a cada instante. La loba se paseaba de un lado a otro, inquieta, restregando los belfos contra los afilados colmillos, gruñendo a los hombres que la habían atrapado.

Eran ya demasiados años tendiendo emboscadas como para no admitir el fiasco. Además, conocía bien aquellos montes y las fieras que los habitaban. Servía a la casta de los hijos que engendraran Rómulo y Remo, pero él era un hispano.

Dejando atrás aquellos bosques cansados del poniente, a unos pocos días de marcha, estaba su aldea. En un recodo del río Astura, allá donde se agostaban aquellas montañas del oeste y empezaban las llanuras de lino y esparto, las mismas que llegaban hasta los límites de las provincias de Roma.

Y, ya desde antes de nacer, el fuego de la venganza marcó su sino. Su padre había acudido a la llamada de los clanes del este en la gran guerra. Había estado a las órdenes de Quinto Sertorio, y ambos habían muerto a manos de los mismos traidores.

Así, obligado por su pasado, siguiendo los pasos que ya diera su padre, Cainos se había alistado en las legiones de la gran Loba.

Había ayudado a construir las empalizadas en Alesia, había derramado sangre en Farsalia, había husmeado el

rastros de Pompeyo hasta la tierra de los faraones. Había cumplido con su deber. Hasta ahora. Porque él sabía algo que los demás hombres de su patrulla no entendían: había fallado.

* * *

Después de dos lunas bregando, Cainos y los suyos le habían entregado al jefe de la aldea una buena resma de pieles de lobo. Y aquel desdichado, contento, ajeno a la ratonera en la que él mismo había metido a los suyos, las tenía secando bajo el alero de su choza.

Faltaban, sin embargo, un par de pellejos más para cerrar el trato.

La última pareja de bestias los había burlado, una vez tras otra. Taimadas, escurridizas, las fieras habían eludido todas y cada una de las trampas tendidas. Algo que había hecho hervir las prisas del revenido Lucio Trebellio, apurado por complacer al gran general.

El hispano supo entonces que no podía demorarse más. Y, a disgusto, había llegado a la inevitable conclusión de que tan sólo les quedaba una opción: cavar.

Durante largos días habían trabajado duro, acarretando tierra, cortando raíces, abriendo el suelo de la montaña. Agradecidos de que el inusual calor se hubiera llevado pronto los barroes del invierno.

Bañados en sudor, los hombres del general habían sacado una zanja enorme.

Una rampa que se estrechaba según descendía por la ladera. Que terminaba en un pozo disimulado con ramas y hojarasca.

Un embudo de tierra que quedó encerrado entre paredes alzadas a prisa con pedruscos arrancados de aquí y allá.

La disciplina de las legiones había servido una vez más. Habían construido una trampa. Un coso.

Y esa misma mañana, bien temprano, se habían preparado para cebarla y acabar con aquel último par de bestias.

Sin embargo, por sorpresa, antes de poder empezar, a Lucio Trebellio se lo había llevado al galope uno de los guardias embozados del general, a quien tanto parecía urgirle tener noticias como para presentarse de improviso en aquel rincón del fin del mundo. Aun así, Cainos y el resto habían seguido con el plan.

Y se echaron al monte para barrer la ladera.

Esparcidos, cubriendo todo el terreno del que fueron capaces, gritando a los cuatro vientos como si esparitaran lémures, descendieron con la pendiente. Acorralando a las fieras. Azuzándolas.

Pareció funcionar.

La loba, sin salida, había huido hacia el único resquicio que los hombres le dejaron. Hacia el pórtico de la trampa. Embocando su perdición.

Y la bestia había caído en el foso.

Pero no el macho. El lobo había escapado. Una vez más. Y aquellos ojos llameantes que refulgían dentro de la llaga abierta en la montaña le recordaban a Cainos su error.

Porque había visto sus marcas. Porque había leído sus cacerías en las huellas entre el musgo y las ramas quebradas. Y en una ocasión incluso lo había intuido entre las zarzas, cuando la fiera arrampló con la oveja lastimera que le habían puesto de cebo. Aquel día, al trampero se le encogieron las tripas.

Lo recordaba bien.

Y ahora muchas de las historias que había oído de niño al amor del fuego revoloteaban también en su me-

moria. Relatos sobre camadas robadas en la lobera y bestias enfebrecidas que perseguían a los alimañeros para arrancarles las entrañas entre coros de aullidos a una luna tinta de sangre.

No le gustaba.

La luz escapaba. El crepúsculo esparcía herrumbre sobre el horizonte. El olor fértil de la tierra recién labrada pesaba, escondía el aroma picante de las flores de aulaga. Desde una rama de aliso llena de hojas nuevas, un carbonero pintaba en el aire reclamos de amor que no eran correspondidos.

Y Cainos, acuclillado, embadurnado en silencio, miraba a la bestia que se revolvía en el hoyo.

Atrapada, la loba deambulaba en el fondo del coso. Al principio se había gastado corriendo de una a otra pared, intentando trepar con desesperación, hincando uñas y dientes en terrones sueltos que se desmoronaban. Ahora parecía haber comprendido que no tenía salida. Gruñía, con la pelambre erizada y la ira tiñéndole el ánimo. Enseñaba los colmillos y, demostrando que no tenía miedo a los hombres, mantenía el rabo tieso.

La preñez que le abultaba el vientre colgaba de ella como una promesa rota.

No eran tan distintos, el hispano también parecía un manojo de alambres sobre el que hubieran echado un pellejo; tenía el rostro afilado y los labios prietos bajo una nariz amolada que asomaba sobre una quijada dentada como un hocico. Ambos tenían encima el rastro de largas caminatas. Los dos habían probado el sabor de la sangre cazada. Aunque sus ojos eran del azul más gastado y los de ella, dos piedras de ámbar.

No eran tan distintos, ella estaba condenada y Cainos sabía que, si no acorralaban pronto al lobo, él también lo estaría.

–¿Preparamos antorchas? –preguntaron a sus espaldas.

Era el espartano. Un tipo esbelto con músculos labrados que, en tiempos, había sobrevivido como reciario. Respondía al nombre de Píramo y era uno de esos que seguían a las exageraciones que se vertían sobre él. Uno de los elegidos para combatir al ocazo, cuando las apuestas alcanzaban sus máximos. Aunque la cruda verdad era que se había ganado la libertad luchando entre los muslos caprichosos de las matronas romanas, sedientas de amor después de ver los arenales del circo tintos con la sangre de gladiadores. Su habilidad al complacerlas lo había convertido en libre y rico; antes de que su ambición con los dados lo arruinase obligándolo a la condena de las legiones.

Cainos se irguió apagando la mueca que le subió al rostro desde las rodillas.

–Está bien, dile a Druso que te eche una mano –concedió el trampero–. Pero no las encenderemos de momento.

Los dos sabían que el olor del fuego podía ahuyentar al macho y no hicieron falta más aclaraciones. El antiguo gladiador se marchó para cumplir con el encargo.

Otro al que llamaban Tito, uno que había sido optio de la Decimotercera, lo mandó a capar murciélagos al pedirle Píramo que echara una mano. Y más allá se oyó la risa bronca de Druso, un gigantón que había sido herido en todas las líneas de una cohorte, tan hablador como un canto rodado en el lecho de un río.

Si Segios volvía pronto con el centurión, entonces serían seis.

Les faltaba uno. Uno que se había dejado los huevos colgando en la daga de un nómada en el callejón trasero de un lupanar a las afueras de Corduba. Y Cainos, más que ningún otro, no lo lamentaba. Pero también presentía que echarían en falta a unos cuantos hombres más en cuanto cayera la noche.

Los demás pensaban que habían logrado media victoria al apresar a la loba, pero a él seguían rondándole las historias de su niñez.

Calibraba sus posibilidades cuando intuyó algo a sus espaldas. Apenas un susurro vagabundeando en las redes que tejían los brezos. Algo que el instinto advirtió pero que la razón no entendió.

Un escalofrío le recorrió las corvas como un mal presagio. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo para desapegarse del repeluzno, alguien lo llamó:

—¡Cainos!

La loba ganó ante el alboroto.

Aquel vozarrón era inconfundible. Tenía por dueño a un cepo en el que cortar leña. A una montonera de músculos criados con años de carga y cientos de batallas sosteniendo el pesado escudo mientras la otra mano abría tripas con la espada; todo coronado con un rostro cuadrado, punteado por ojos labrados en nogal aceitado y tachonado por una pelambre recia como cerdas de verraco. Pedernal parido por la maquinaria de las legiones, hijo de la conquista y bastardo de la República. El mismo Cainos le había visto usar unas tenazas para sacarse una muela picada antes de echarse ladera abajo con el ansia por descuartizar galos, berreando gritos escupidos entre guiñapos sanguinolentos; era la voz del centurión Lucio Trebellio. Había regresado. Y con él venía también Segios.

Y una sorpresa que Cainos no hubiera imaginado: el gran general en persona.

El dueño de Roma dejaba trotar a su montura con las riendas sueltas y sonreía con picardía. Parecía contento. Y su envarada escolta de fieles hispanos, que percibía el ánimo relajado, se dejó llevar por la primera baladronada que soltó Tito.

Algunos allí se conocían de tiempo atrás y pronto empezaron las bravuconadas. Las bromas groseras sobre los falos cercenados a los enemigos, las comparaciones obscenas sobre lo que le colgaba a Píramo entre las piernas.

Y el trampero, como los demás, se unió a la algarabía. Aún era pronto, y lo sabía.

El lobo se tomaría su tiempo.

* * *

El druida se alejó. Abandonaba las tierras sagradas para su pueblo.

Dejaba a su espalda un cerco de columnas titánicas. Chantado por los mismos dioses para sostener los azules del cielo. Ensamblado con rocas, agua y bosque. Escogido por los maestros que habían enseñado a sus antepasados a contar las lunas, a rogar para alejar la sequía, a bendecir las lluvias que hacían medrar la cosecha. Era el lugar donde, desde tiempos ancestrales, ellos, los hijos de las piedras, acudían para encontrar la verdad.

Acabada su tarea, el druida marchaba hacia el poblado.

Tenía el aspecto quebradizo de una encina clavada en algún páramo inhóspito; con las ramas peladas, con la cuarteada corteza vestida por largas hebras de musgo enmarañado. Las arrugas le escarbaban el rostro. Las cejas, pobladas y canas, ensombrecían sus párpados gastados y su perfil aguileño le iba abriendo paso. Era viejo para el juicio de los hombres.

Como siempre, las fuerzas que habían recorrido sus entrañas durante el ritual se le iban escapando según se acercaba a la aldea. Pero no era sólo morriña por abandonar el aura de paz que envolvía los grandes tolmos de granito.

Iba cabizbajo. Porque temía el significado de cuanto había descubierto gracias a la ceremonia.

Ni siquiera había necesitado leer en las vísceras del jabato.

Aquél era el fin del camino, uno empezado mucho tiempo atrás, cuando los padres de sus padres habían escuchado los rumores que llegaban del este.

Hasta entonces habían sorteado el infortunio, pero había llegado el momento de enfrentar lo inevitable. La avaricia movía a los hombres de nuevo, y el druida tocó con desasosiego el oro trenzado de las torques que le adornaban el cuello.

El duro invierno los cubrió con nieves que trajeron el hambre. Y cuando pasó el frío, en lugar de las lluvias, arreció aquel calor de forja que agostó las semillas recién germinadas. El monte se secó. Y los lobos se atrevieron; el ganado murió.

No les había quedado otra opción que recurrir a los forasteros. Y ahora iban a pagarlo.

Los huérfanos llamarían a sus padres entre sollozos. Los hombres marcharían para no regresar. Sus mujeres se tornarían viudas, sólo para terminar sus lúgubres días como madres desconsoladas obligadas a arrojar a sus hijos en las simas sedientas de sangre que los extranjeros abrirían.

Eran impostores.

Y esa noche se prenderían los fuegos de la guerra y las llamas arderían por incontables estaciones. Serían años de dolor y muerte hasta que las cenizas cubrieran las ascuas. Tantos que el druida tenía la certeza de que no vería el fin de la miseria que se avecinaba.

Aunque estaba seguro de que su pueblo no se ardraría, nunca lo había hecho. Incluso sabiendo de antemano lo inútil del sacrificio. Lucharían.

De la copa del enorme castaño colgaban las guirnaldas pajizas de sus flores. Vetas de madera muerta atosigaban a las horquillas donde prendían las ramas vivas, y al pie, entre las enormes raíces, aprovechando la umbría que anidaba bajo aquel árbol anciano, crecía una montonera de helechos que se agitó de repente.

Un pardal que inspeccionaba la futura cosecha echó a volar olvidando tras él un susto.

Y entre las grandes hojas verdes apareció el inmenso lobo.

Resollaba. Se pasó la lengua por el hocico y olisqueó la huella que había dejado la suela claveteada de una sandalia. El hedor de los hombres se volvió pesado, como si brotase del mismo suelo entre las hebras de grama.

Ya estaba cerca.

Siguió descendiendo, zigzagueando entre los arbustos. Primero al trote, luego al paso.

Entonces el viento vino de nuevo en su ayuda y le desveló un secreto.

El aire sabía a piel curtida, a tela vieja, a metal afilado, a sudor rancio y a tierra abierta, pero también a algo más. Empañado entre aquellos hedores estaba otra vez su aroma. El de ella. Tan reconocible como en el fondo de la lobera, y él lo sintió, cálido y familiar. Pero traía agarrado un dejo punzante y áspero que lo estropeaba, un agujonazo acre de sabor inconfundible. Venía cargado de miedo. Y a punto estuvo de enloquecer.

Gañó con el dolor desgarrándole la garganta. El ronco gemido se pegó al suelo y los animalillos del bosque corrieron atemorizados a sus madrigueras.

No le fue difícil continuar. Encontró la tierra abierta por los hombres y en la zanja, bajo la tufarada de los hon-

gos y la savia de las raíces cortadas, permanecía claro el paso de la loba. Y lo fue siguiendo a medida que el surco cavado se iba estrechando y ganando profundidad. Iba tras ella, ensimismado por el miedo que percibía en el rastro. Ciego a la trampa, avanzaba sin percatarse de que se encaminaba a su propia condena.

Cabeceaba sobre la tierra revuelta y las orejas tiasas le trajeron un murmullo que llegó retumbando. Conocía aquel repiqueteo cadencioso. Sabía cómo sonaban las voces de los cazadores.

Fue entonces cuando receló.

Se detuvo y aguzó el oído. Despegó el hocico de la tierra y, estirando el pescuezo, olfateó el aire que, desde el solado del bosque, caía en la trinchera.

En su interior el instinto berreaba para que continuase, hacia el cálido olor que ella había dejado tras de sí. Sin embargo, la prudencia lo sujetaba con fuerza.

Resopló con desdén, y se zarandeó sobre las manos, preso de la inquietud.

Frente a él tenía el refugio que le ofrecía el husmo de la hembra, en algún lugar, allí delante, en la ladera abierta. Cerca, muy cerca. Como tantas otras veces al regresar de una cacería, o al despertar acurrucado junto a ella envuelto en el aire tibio de la lobera. El mismo que lo había acompañado desde hacía cinco temporadas, con el rumor de la leche que aguardaba a los cachorros, con el matiz del pelaje ligero que había cambiado para el verano. Era el olor de que todo iba bien, de que iría bien. Pero sobre él, merodeando por el suelo del bosque, por encima de la zanja, estaba el tufo de los hombres.

Tenía que protegerla, debía correr hacia ella para defenderla de la amenaza, pero se quedó donde estaba.